

A. Hernández Catá

Los rosales de don Miguel de Mañara

—¿Va usted a Sevilla? Pues le pido un recuerdo. No se asuste. Ni nazarenos de cartón, ni abanicos, ni yemas de San Leandro. Va usted a traerme algo que apenas ocupa lugar: una rosa. No sonría usted antes de tiempo. Se trata de un talismán fragante y no puede ser ni de esos rosales aventureros que abrazan hasta las copas de los árboles en el Parque de María Luisa, ni de los jardines del Alcázar, ni de ningún huerto, ni de ninguna reja. Con ser tan apasionadas todas las rosas de Sevilla, la que yo quiero tiene que serlo sobre todas. Rosa y llama a la vez, ha de ser cogida en los rosales plantados por Mañara en el patio del Hospital de la Caridad.

No haría falta ir bajo el influjo de la leyenda de Mañara para sentir, apenas se traspone la puerta del Hospital de la Caridad, que se penetra en un ámbito de renovaciones difíciles. La lápida grita desde el umbral del templo el arrepentimiento exasperado del fun-

dador que, tras dar goce a su carne en los días juveniles, dedicó lo mejor de su vida, cara al cielo, a mitigar los dolores de la carne doliente, y quiso ser enterrado donde todos, al entrar, pisasen sus despojos. Ni el mismo Murillo, tan suave, logra sonreír en esta iglesia de retablo magnífico, toda ella con relentes de tumba, donde impera la formidable y putrefacta pintura de Valdés Leal. Y el visitante, aun cuando una hermanita de Caridad se le acerque con suave sonrisa entre las tocas, comprende bien que dos ángeles trágicos —el Dolor y la Pasión— van a ser sus guías.

Magnífica obra espiritual es este edificio, engrandecido con los bienes terrenales de don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, vivificado con sus bienes espirituales, y mantenido luego, al través de muchas generaciones, por la piedad de Sevilla. Hermano mayor hasta su tránsito de la fraternidad que años antes temiera admitirle en su compañía, don Miguel fué su luz más activa, y tras de volver al caudal de la caridad sus riquezas y trocar en pura humildad el orgullo de su prosapia, alzó la generosidad de los otros, moviendo con su ardiente ejemplo hasta a desconocidos, como aquel Francisco Gómez de Castro, cuya dádiva superior a cincuenta mil ducados constituyó la certeza de acabamiento del edificio. Pan, leche, cuidado para todas las enfermedades por repugnantes que sus dolencias sean, hállase aquí a cualquier hora del día o de la noche. A nadie puede preguntársele de donde viene, sino cual sufrimiento, cual escasez lo traen. En las vastas salas, ros-

tros ya casi de la muerte, sufrimientos en los que el cobijo pone vagos relumbres de arco iris, grupos de parias unidos en torno al alimento dado sin mengua siquiera una vez, ávidos por marchar de nuevo hacia los ásperos caminos del mundo, pasman el alma, y le dicen de pronto el terrible secreto de *El Eclesiastés*, olvidado casi siempre en esta Sevilla, pagana hasta en sus más cenicientos transportes, y hecha todo para *El Cantar de los cantares*.

La losa bajo la cual ya no están los restos del fundador llevados a lugar más honroso por designio de los hermanos, os da, desde el umbral, la presencia vibrante de Don Miguel, cuya palabra sigue embalsamada en breves exhortaciones poéticas, en las cuales—salvo en los dos versos últimos de un soneto, admirables—el espíritu férvido de la inspiración se sobrepone a la mediocridad de la rima. Y sus retratos, sus reliquias, la espada—símbolo de su acción—el cubierto con que comía—símbolo de cotidiana servidumbre—sitúan al visitante en el trono mismo donde las ramas se bifurcan para florecer y divergen en historia y leyenda. *Dos Mañaras* se nos ofrecen, y es fuerza elegir. En el recinto saturado de espíritu, la pugna entre la historia, dictada por la fe religiosa y sostenida por muchos doctos, contra la leyenda creada por los poetas y sostenida y multiplicada por el pueblo, excitan la imaginación del visitante.

La leyenda ha pretendido y casi logrado, fuera de las zonas de la erudición y la fe, identificar la figura

del fundador de «La Caridad» con el burlador sevillano. Sabido es que a esta figura, gran imán de poesía, se suman las hazañas del convidado de piedra y de otros héroes de la misma vena, mitad desenfrenados gozadores, mitad escépticos o crédulos desafiadores de las potencias de ultratumba. Apartándose de la casuística discusión de si Mañara fué o no modelo originario de la figura de Don Juan, pretensión fácilmente rebatible merced a la cronología, cabe discutir si fué uno de los varones en quienes, por su conducta, fausto, arrojo y poderío con la mujer, pudo reconocerse una encarnación, incompleta en el análisis más cabal en el examen somero, del mito. No importe si los años de extravío fueron siete o más; si la historia—floreceda de leyendas, en dirección mística por otra parte, puede desmentir errores de fecha y errores de sitio—. ¿En qué vida no existen rincones secretos donde puedan caber todos los pecados? Sin las propias palabras del héroe, la leyenda no habría podido surgir. La intuición, el instinto intelectual nos dice la imposibilidad de haber echado «porque sí» sobre estos hombros viriles que cargaron cuerpos lacerados la capa libertina de Don Juan. Sería demasiado arbitrario.

Cada carácter específico para plasmar en la conciencia colectiva exige insinuaciones lentas y el troquel poderoso del arte; pero luego se reconoce por un mero signo. Ese arte que lo plasma no encierra todos sus rasgos, mas sí el poder de evocarlos; así, ante cualquier soñador altivo de arrebatada y generosa locura, deci-

mos: Un Quijote, y en otros casos, un Otelo, un Hamlet, un Tartufo. Examinados cada drama o comedia de Don Juan, desde la de Tirso a la inesperada de Arnold Bennett, observamos que sin el receptor de la conciencia popular ante la magia del nombre genitor, las aventuras de cualquiera de ellas y aun de todas juntas, no bastarían para crear figura de tal jerarquía maléfica. Nada de extraño, pues, tiene que se atribuyan a Don Miguel aventuras ya aplicadas a otros, como la del Arcediano de Carmona. Basta una coincidencia, una sospecha para que toda la figura adquiera luz de certidumbre. La lenta estratificación de rasgos y episodios entresacados de vidas separadas por distancia y tiempo hasta formar un arquetipo literario, se ejemplariza en el hecho de que en cierta crónica navarra del siglo XII, la investigadora colombiana, doña Mercedes Gabrois ha encontrado huella de cierto galán raptor de una monja, en parecidas circunstancias a las imaginadas por Zorrilla en su Tenorio. Ha nacido Don Juan de una especie de vanidad funesta de la mujer. Amor de condenación, placer doloroso fuera de la égida divina, el burlador entra en la perversión femenina a modo de levadura atractiva y nefanda. ¿Qué mujer no está pronta a creerse capaz de suscitar una pasión de delito, capaz de atropellar todas las leyes del Cielo y de la Tierra? No más que una sombra, la pluma de un sombrero, el tintinear de unas espuelas, un beso, un desdén, la presión de una diestra son suficientes para reconocerle o inventarle. Ni sus facciones ni su nom-

bre importan: aun cuando se oculte, ellas saben que es incomparablemente bello y que se llama Don Juan.

¿Anacronismos? ¿Imposibilidades? La opinión, hembra al fin, no se para en obstáculos. La poesía está llena de invenciones que parecen recuerdos, y don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, primor de caballeros y su santidad maravillosa, no puede engañarla. El aserto de los interesados en presentar a un Mañara ejemplar desde la iniciación de su vida y de que absurdas invenciones de Merimé y de Dumas se debe la creación de la conseja, desmentida con copia de datos por el malogrado erudito gallego, Víctor Said de Armesto, en su obra ya clásica sobre la Leyenda de Don Juan. Nada puede contra la cristalización legendaria. En realidad, cuantos documentos se conocen acerca de la vida de don Miguel de Mañara, dejan un vacío de época juvenil, al cual él mismo se refiere concretamente en uno de sus escritos en forma expresa, ajena a toda desorientadora anfibología y apta para contener el arrepentimiento de los más culpables arrebatos de pasión. La obra clásica del padre Cárdenas, cuyas dos rarísimas ediciones antiguas tenemos a la vista, se titula Muerte, vida y virtudes del venerable caballero don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, y fué publicada meses después del fallecimiento de Mañara, acaecido en mayo de 1679, a los cincuenta y dos años de edad.

Su autor no oculta, desde el primer capítulo, la admiración fervorosa que la santa conducta y la muerte

del fundador de «La Caridad» le inspiraron. Tanto es así, que hubo de añadir la protesta preliminar, advirtiendo que cuando en la obra se llama a Mañara santo, dicho epíteto no prejuzga lo que la Iglesia puede enjuiciar acerca del gran varón cuyos hechos relata. La subversión que supone el enumerar la muerte antes que la vida es ya muy expresiva para calibrar el valor y tendencia de la obra, reimpressa por la Hermandad de la Caridad en 1903, con apéndices encaminados a desmentir la leyenda libertina de Mañara. Esta obra, al igual de las publicadas por don Blas Rufo, por Diego Ortiz de Zúñiga y de los capítulos que en otras de índole no monográfica se dedican al excelso varón, nada incontrovertible revelan. La boda con doña Jerónima Carrillo, la muerte de ésta; su acción cuando fué, al tocar los seis lustros, como representante del Rey, a la Corte, esclarecidos están cuanto lo permite la distancia; mas no día a día, de modo que puedan negarse antes de esta edad, ya de razón plena, tumultuarias exaltaciones juveniles.

Que episodios contenidos en la compilación de leyendas publicadas por Antonio de Torquemada, en Salinanca, y en la famosa del Niño diablo y de Lisardo el estudiante después, se le apliquen y que un poeta, con visible hipérbole, lo pinte «acuchillando a contrarios, estrangulando Celestinas, siendo tentación de mujeres, pesadilla de padres, tormento de maridos, burla de la justicia, encarnación del escándalo y forma viva del cinismo», nada demuestra. De to-

dos modos, hasta para el fervor católico, habituado a las revelaciones del Camino de Damasco, el Mañara pecador y rescatador de pecados es más comprensible que el santo que tiene por peana una burguesía holgada y piadosa. Una santidad sin tentaciones nos produce la misma decepción que un mar sin olas.

Que por modos calumniosos se haya hecho del caballero sevillano uno de esos Atilas de la guerra sexual, par de las descendientes de Lilith en el opuesto bando, sería raro poder de la mentira. Las construcciones espirituales, aun más que las materiales, necesitan cimiento. El Don Juan y la mujer fatal, los dos grandes vengadores, los dos grandes inmoladores, cumplen un destino social; el de verdugos de los reos condenados a pagar a la sociedad los inmensos crímenes que en nombre del Amor se cometen. Si fué don Miguel renuevo de esta estirpe satánica, sólo puede inquirirse la fe que en la erudición o en la poesía se tenga. De la erudición, que en lo relativo al estudio de vidas acumula datos y datos de horas vulgares y deja otras, expresivas, profundas, herméticas y saturadas de precipitados de vida, desconfiamos; en cambio, tenemos a la poesía por la mejor brújula para guiarse en los dédalos de lo incierto. En el mismo folleto de homenaje, publicado por la Junta de Rectificación, el señor Ibarra y González achaca a Dumas el haber tomado harto al pie de la letra esta frase de Don Miguel: «Más de treinta años dejé el monte santo de Jesucristo y serví loco y ciego a Babilonia y sus vicios», y basándose

en la palabra treinta, y sin relacionar esta frase que pudo, aislada, constituir mero tropo, pero que unida a otras de igual sentido y a las del testamento y el epitafio cobra significado especial, lo a la dialéctica de Lattour, quien, en su biografía de Mañara, triunfa, con una simple compulsación de fechas, del constante equívoco de identificarlo con el Don Juan legendario, sin detenerse a precaver la posibilidad de que algo del héroe popular, creado ya, o por lo menos en camino de plasmación, se realizase en la persona del caballero de Sevilla, en un lapso más o menos breve de su juventud.

Según confesión propia no hubo hombre más malo en el mundo, y si la medida de su acción culpable está en su obra de arrepentimiento, fuerza es creer que no se dejó arrastrar por las corrientes superlativas al calificarse. Sus divinizadores, que repudian por ajenas varias leyendas, se allanan a atribuirle otras mencionadas antes y después junto a diversos nombres, cual son las de haberle querido ahogar el demonio, en figura de marrano, estando en el convento de San Pablo de la Braña, la del paso del arroyo crecido de la Monclova, y el hundimiento, en Ecija, de una casa donde no habían querido darle albergue. La intercesión divina, brusca, según suele mostrarse a los varones que en repentino paso dejan la senda del error, protege a Mañara. ¿Al Mañara siempre bueno, piadoso, cumplidor de los deberes cristianos? La poesía sonríe, incrédula. Pero basta buscar la dimensión profunda

del inflamado testamento y meditar en la frase: «Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre del mundo» para caer en duda. Duda que se acrece al pensar en el casuitismo de tono y de habilidades dialéctica, impuesto a la discusión al reducirla a una disparidad anacrónica y a una identidad insostenible; y al comprobar que la frase mal comprendida, según Latour, por Dumas, dice textualmente así, no en el discurso de la verdad, sino en el maravilloso Testamento, penetrado todo él de un acento ardido de sinceridades, directo, y, por lo tanto, nada anficológico en forma ni en espíritu: «Serví a Babilonia y al demonio, su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios, cuyos pecados y maldades no tienen número, y sólo la gran sabiduría de Dios puede enumerarlos, y su infinita paciencia sufrirlos y su infinita misericordia perdonarlos».

Cárdenas dedica a la juventud de don Miguel apenas tres páginas, menos aun que a cualquiera de sus proezas pías; y de su matrimonio sólo hace mención para realzar el desasimiento temprano de Mañara de las vanas gracias del mundo. Narra y elogia la vida de un santo de su fe, y su pluma no quiere mancharse en contar tentaciones y caídas. Toca el milagro a menudo y, sin embargo, quita a su héroe, aparte del fulgor demoníaco sobre el cual es grato ver flamear después de la contienda de llamas la clara luz de Cristo, los adornos estéticos jamás repudiados por la religión. Sabido es que las vías de Dios son múltiples e inespe-

radas, que su voz y su mano pueden tocarnos en todos los minutos; mas antes que ver al gran caballero, irritado por el decomiso vulgar de unos jamones, detener sus pasos coléricos al mandato de una voz suasoria de templanza llegada a su corazón desde el Cielo, nos place suponer su primer contacto con la elección divina en el legendario seguimiento al través de las calles sevillanas, a la hora aguda del crepúsculo, de una dama que, refugiándose en la catedral, se destoca y muestra al galán tenaz, en lugar del rostro, la calavera igualitaria adonde van a parar todas las bellezas de la carne y las audacias del pensamiento.

Esta y otras leyendas—mariposas de la poesía popular viva—han ido; según se ha dicho, a posarse en la gran figura del fundador del Hospital de la Caridad. Pero ¿casualmente?, ¿arbitrariamente? Lo dudamos. La leyenda no es jamás invención, sino ensanchamiento del círculo de posibilidades, embellecido, perfeccionado, no importa si hacia el bien o hacia el mal. Y mejor que al hecho fútil y vulgar que reseña Cárdenas, place deber tan importante conversión a un suceso de milagro bello, es decir, de comprensión súbita, hermana, por ejemplo, de la que cuajó en el Duque de Gandía a San Francisco de Borja.

Que faltan datos históricos de la juventud de don Miguel, es indudable. Sin estos años de vida tempestuosa, de tributo terreno a las fuerzas del mal, el tono arrebatado del testamento, el del Tratado de la Verdad y, sobre todo, las frases escritas por él

mismo para su propia lápida, tendrían un incomprensible regusto y jactancia o soberbia poco en armonía con quien había de dedicar a la humildad y a la caridad los bienes mejores de su ser. Y no sabemos si a la misma Iglesia conviene más representárselo varón pecador tocado en un momento y ya para siempre de activa santidad, o palabrero exagerado, cuya vanidad le lleva hasta hinchar sus propios pecados al borde mismo de la tumba.

La atenta lectura del libro de Cárdenas y la de las reglas de la Hermandad de la Caridad, impresas con la perfección propia del gran Ibarra, legada a su viuda e hijos, así como el examen de su ilustre genealogía—¡oh, injerto italiano inevitable y gustoso!—del inventario de sus pingües bienes y de la autoridad que, apenas ingresado en la Hermandad, cobró don Miguel de Mañara, acrecen el río de la leyenda con afluentes abstractos cada uno en sí, más concretos y poderosos si en haz se reúnen. No puede el capricho de un escritor arraigar una fábula, como no pueden los asertos más tenaces que lucidos de la admiración condicional, desarraigarla. A las dudas antedichas, selladas por la suprema certidumbre que caballero tan esforzado en las luchas contra la soberbia fuera, en el momento de las voluntades últimas, a escapar de la llamada por San Agustín torre de evangélica perfección, cuyo cimiento es la humildad puede añadirse otras aun: Si era ejemplar su vida, ¿por qué quisieron darle muerte en la calle del Ataúd,

donde, según Cárdenas, la voz divina, advirtiéndole, lo libró del peligro? ¿Y por qué el temor de que «los avasallara con su imperio», cuando presenta su solicitud de ser admitido como hermano de la Caridad donde había caballeros de los más principales de Sevilla y es rechazado una primera vez? ¿Y por qué en la pregunta número 19 de la información ad perpetuam, para obtener en Sevilla y pueblos comarcanos testimonios de la santidad de Mañara, se dicen estas palabras: «... y en los años de su mocedad y antes de su conversión...»? Las interrogaciones podían encadenarse, numerosas. Mirando los retratos del fundador, y el porte de su estatua, y el tono de sus escritos, no se comprende la obstinación del grupo empeñado en quitar de la existencia del gran caballero una caída, clásica en la hagiografía según se sabe, que realiza la cumbre cristiana alcanzada en el final de su existencia.

Largo rato permanecen los ojos contemplando los retratos del hombre en quien el mito demoníaco de Don Juan pudo cobrar o recobrar raíz humana. Héroe moderno, Don Juan no aparece en ninguna de las mitologías, pero su fuerza es tal, que Júpiter, Proteo y Eros, juntos, no nos darían por completo su esencia. En el primer retrato de Murillo, su gran amigo, la teoría del intersexualismo, hoy tan en boga, parece ganar otro argumento: bello andrógino, nada hace suponer en él las virtudes futuras. Se explica en este rostro femenino la tendencia de la mujer a admirarse a sí misma

y a enamorarse, por espejismo, de sus rasgos propios traspuestos a otro sexo. En las demás efigies las facciones viriles se imponen: frente voluntariosa, ojos a la vez de acción y de ensueño, nariz de proa, judaica, casi en su trasunto de pico de ave carnicera. Y acaso, movidos por el poder de la leyenda o por una incitación ajena a extrañas sugerencias, ya tenga la diestra en ademán de leer o persuadir y la siniestra sobre la calavera, se nos antoja que, por entre los seráficos oros del santo multiplicador de limosnas, los ángeles complejos del Don Juan se insinúan. Esta dualidad hace que la figura donjuanesca, tan extraña hasta en sus vetas desnudas de aleación, se ensombrezca más en su conjunción mañaresca.

Tan inaccesible es Don Juan, que desde el frailecico de la Merced acá, nadie ha podido unificar en una acción suficiente sus múltiples cataratas de seducción, de dominio, de frenesí de los sentidos, de resistencia de la carne. Sin la preexistencia del mito en el lector y espectador, la comprensión de cualquiera de las obras cuyo protagonista es Don Juan, serían incomprensibles. Lo que el burlador hace o dice, desde Tirso a Moliere, desde Moliere a Bataille, desde Bataille a Lenormand, no basta. Pero el público, alma femenina, abrasada y poseída ya de antemano por la leyenda, completa, profundiza, levanta. Ante los rasgos fisonómicos de Mañara, como ante los de cualquier Don Juan, se para atónito, incomprensivo. . . Para comprender a Don Juan es preciso estar en la zona de su

flúido; el hombre no lo está casi nunca y, en cambio, la mujer lo está casi siempre, por temor o por esperanzas tácitos. Don Juan no necesita ser excepcional en la apostura, en la hermosura, pues el espejo donde se mira lo perfecciona por modo insuperable.

No es raro que la belleza de Mañara no impresione al contemplador de sus retratos; algo hay, sin embargo, en su porte de ese magnetismo superior para ablandar la virtud de la mujer a la belleza apolínea o dionisiaca. Así como después de su conversión halló en el espíritu fuerzas sobrehumanas, en las que se conservan intactas las excelencias humanísimas del señorío, de la audacia, de la magnificencia, esas mismas luces, abri-llantadas por tonos sulfúreos, debieron prestar a su juventud atractivo irresistible. Si la leyenda triunfa, nada en la iconografía, desde el retrato juvenil de Murillo a los postreros, impide que sobre la cabeza y los hombros de don Miguel, cuyo de caballeresco se lo añade el mito, la pluma y la capa aventureras de libertino —pluma y capa que han vestido más de una vez al propio Lucifer— cayesen de manera perfecta.

Pero lo que da individualidad única a la figura de este burlador, apartando sus dos personalidades antagónicas de ese anverso y reverso de tantas existencias de santos, en las cuales una mitad significa movimiento, pecado y la otra estatismo, o al menos acción tibia, es que el mismo poder dinámico que lo poseyó en el mal lo posee en el bien. De su generosidad y poder suasorio habla el hospital; de su gusto suntuario, el esplen-

dor del templo ornamentado, además de por Murillo y Valdés Leal, por el escultor Pedro Roldán y el tallista Simón Pineda. Caballero del bien, conserva su tizona, no la decorativa, la de símbolo, sino la que tuvo muchas veces agarrotado el puño entre la cazoleta y sabe el camino de las entrañas; y ni aun en los trances de cargar a un enfermo, de alzar del suelo a un pobre andrajo humano, la suelta, por si es preciso combatir. Su santidad es casi militar—puro estilo español—, y hasta en los retratos últimos percíbense, sobre los labios, dejos del amante, que hasta cuando quiere rogar habla con imperio. En la cantera hispánica, tan rica en ejemplares de excepción, Mañara, lo mismo envuelto en su capa de ladrón de honras, que pasando taciturno e inflamado de lástima por el pasadizo que unía sus habitaciones privadas a la iglesia de la Caridad, ofrece por igual el atractivo de su gran figura al historiador y al poeta.

Poetas numerosos han acudido ya a la cita, y empero, creemos que todavía don Miguel aguarda su resurrección por el arte. Cronistas y comentaristas han removido los archivos; falta aún la obra orgánica donde se reconstruya su historia y se integre su leyenda. Con uno de ellos hemos recorrido las calles de Santa Cruz, donde, en las noches encapotadas, parece que lo vamos a tropezar; con él hemos levantado ecos antiguos en el callejón del Ataúd y hemos reposado en esa plaza de doña Elvira: maravilla única, estanque de tiempo, en cuyo fondo, quieto y traspasado de luna, aire de

siglos se guarda amortajado por un silencio de calidad maravillosa.

Luego de una larga y meditativa visita al Hospicio y Hospital de la Caridad, agobiados de miseria y de grandeza, hemos salido al patio, ya claro del azul optimista de Sevilla, y hemos tocado uno a uno los rosales que, según la tradición, plantó con sus manos, ya amorosas del todo, es decir, premiadas con el don de transmutar en belleza plena hasta los errores más tristes del mundo y de la carne; don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca. Son ocho. Según los amigos del Mañara santo desde la cuna, cifras de ocho ensueños del amor de don Miguel; según los poetas, alegorías de ocho pecados transformados en incensarios paganos por generoso encantamiento. Cada primavera, rosas violentas se encienden en esos rosales; ofrendas a la santidad del hombre que, como no quiso renunciar a su acero, quiso, tal vez un momento siquiera, en su entrega total a las miserias dolientes, dar a sus ojos y a su olfato un regusto de las paganas gracias.

En esta mañana de abril, se concebía profundamente a Dios, viendo jugar la luz en la hoja homicida y en las hojas suavísimas y efímeras en torno a las cuales una abeja prudente zumbaba sin atreverse a libar. El poeta piensa: «No es posible que, mujeriego y andaluz, las flores, las mágicas celestinas de Sevilla, no interviniesen seductoramente en más de una de sus aventuras»; e interpreta: «Y porque entró hombre y no santo en la zona de lo divino, dice la leyenda, su acero y sus rosas perduran».

Después de hallar bajo las piedras sahumadas de incienso de la Catedral á la dama de la guadaña, que, por tener ya borrada la nariz de su rostro, para nada necesitaba perfumes, don Miguel de Mañara conoció a otra dama, menos adusta y mil veces más bella: Dama Piedad, por quien guardó la espada y para quien sembró los rosales que, de año en año, alumbran este patio, al cual se sale del hospital con el alma encogida, y en el cual, otra vez, poco á poco, se empieza, sevillanamente, a sonreír.

—He aquí, señora, la rosa pedida. ¡Vierais con cuánto temblor la cortó la monjita, linda y trémula bajo el lino algo plegado en torno a su cabeza, donde las alas no eran sugeridas por el blanco de las tocas, sino por el negro de los ojos! No creáis al botánico si niega la posibilidad de que esos rosales los plantara el caballero de la viva limosna hace tres siglos. A diario suceden milagros, y para verlos basta poner a los ojos el reflector del alma Del rosal más alto de Mañara es la rosa. Ponedla sobre vuestro corazón, y veréis cómo se acelera su latir. Os la traje dentro de un libro, y su huella ha quedado en las dos páginas, apasionándolas. El rojo no se decolora, y el aroma trasciende todavía, a pesar de haber pasado un mes. Agradecédmela, porque he sentido impulsos de hacerme el olvidado y de conservarla para mí. El recuerdo de la gran caridad de don Miguel me lo impide. Aquí os van, pues. Os la doy; pero yo quedo transido de su perfume.